

le permitía tener una vista de pájaro del parking que había al otro lado de la calle. Nunca se le habría ocurrido que el lugar estaría completamente desabrigado y sería frío como un invierno en Alaska. Si Etienne no se daba prisa, se congelaría mientras lo esperaba; frunció el ceño al pensar en esa posibilidad. ¿Cuánto pensaría tardar ese gilipollas?, ya era más de medianoche. Eso era...

—¡Mierda!

El palillo que había estado mascando se deslizó de sus labios cuando el hombre en cuestión salió del edificio y empezó a caminar hacia el parking. Era Etienne Argeneau. Y estaba solo.

Por un momento Pudge se quedó inmóvil; luego se acomodó para quedar en posición. Miró con detenimiento por el cañón hasta tener al hombre en la mira, pero después titubeó. De repente se dio cuenta de que su respiración se agitaba; resollaba como si hubiese corrido durante varios kilómetros, y a pesar del frío sudaba copiosamente. Norman Pudge Renberger estaba a punto de matar a un hombre. Y no a cualquier hombre. A Etienne Argeneau. Su némesis.

—Cabrón —dijo Pudge entre dientes, y con una lenta sonrisa burlona dirigió el láser de su arma hacia el pecho de su objetivo.

Al tirar del gatillo no se produjo ningún sonido... Había cubierto su Tango 51 con un silenciador, un supresor Tac Ops 30, gracias al cual lo único que se escuchó fue un *fff* de aire. De no ser por cómo se sacudía el rifle entre sus manos, no habría creído que había disparado.

Apresurándose a enfocar a Etienne de nuevo entrecerró los ojos para mirar por el cañón. El hombre se paró en seco, con la mirada hacia abajo, dirigida a su pecho. ¿Le había dado o no? Por un momento, Pudge temió haber fallado el tiro por completo, pero luego vio la sangre.

LYNSAY SANDS

Etienne Argeneau levantó la cabeza. Sus ojos plateados descubrieron el lugar donde estaba Pudge y se fijaron claramente en él. Entonces su luz se apagó y cayó con el rostro sobre el pavimento.

—Sí —dijo Pudge con una sonrisa temblorosa en los labios.

Torpemente empezó a desarmar su rifle, haciendo caso omiso del temblor repentino de sus músculos mientras volvía a poner las piezas en la caja. Su sexy Tango 51 con turgencias de doble palmo y potente delantera le había costado casi cinco mil dólares, pero valía cada centavo que había pagado por él.